

# Si crees, fuertemente

Augusto Niebla

«Vive intensamente» —probablemente sea ése el único principio ético al que reconozco validez—. ¿Qué es vivir intensamente? Julián Marías lo describe *ad contrarium*: «Una *vita minima* significa una falta de aprovechamiento de las posibilidades, de renuncia a la vida, en la medida en que no es algo dado, sino que hay que hacer... Por debilidad biográfica, por falta de amor, se reduce la vida a un nivel inferior posible... Resbalar por la vida sin entregarse enérgicamente a ella: no exponerse a las tentaciones, al fracaso, a las decepciones, a los errores, a los azares adversos, al dolor. Son formas tímidas de suicidio...».

De esta vida intensa nace una relación incesante con lo divino, sin tregua; quizá sea al revés, que de lo divino nace una vida intensa, no lo sé —¿el huevo o la gallina?—. En todo caso, Dios siempre está presente, porque se le afirme, se le niegue, se sea incapaz de responder, la intensidad conlleva encarar a Dios. Y esta intensidad, al igual que sólo un mástil robusto puede aguantar la fuerza de las grandes velas henchidas por el viento, esta intensidad requiere una gran fortaleza de espíritu, tan grande la fortaleza como la fuerza del viento. «El ateísmo denota un espíritu fuerte, pero sólo hasta cierto punto» —lo dijo Pascal (*Pensamientos*, n.

225)—. Ser capaz de convivir cotidiana e intensamente con Dios denota la mayor fortaleza de espíritu posible.

Lo contrario a la relación del creyente con Dios no es el deísmo, sino la indiferencia, dar la espalda a lo divino, es decir, lo propio de nuestro tiempo. Este reniego de lo divino no es exclusivo de lugares de tradición cristiana, apostólica y romana sino que es común en todo el próspero Occidente.

No sé cuál es la condición del hombre, porque ni soy un santo ni Sócrates —ni tampoco quiero ser irreverente—, pero cuando le llenas a alguien el estómago, le proporcionas algo de salud y la posibilidad de algún divertimento, parece que enseguida se olvida de todo, deja de vivir en pos de lo que ahora llama sueños, es decir, la religión, la política, la justicia, el lirismo... Cuando el hombre tiene sus necesidades básicas más o menos cubiertas —dejando ahora a un lado los desheredados, que corroen el fundamento de Occidente con su sola existencia— decía que cuando el hombre tiene sus necesidades básicas más o menos cubiertas, se olvida de todo, parece que la materia, las cosas le ciegan, le casttran espiritualmente. Tener tantas cosas le hace vivir menos intensamente, reflexiona menos sobre aquello de la vida, el amor

y la muerte. Quizá sea esto lo que está pasando en Occidente.

«Hay pocos cristianos verdaderos» —lo dijo Pascal (*Pensamientos*, n. 256) en el siglo XVII—. Ciertamente hubo pocos cristianos verdaderos y siempre habrá pocos. Del amor, la poesía y la religión sólo han sido capaces muy pocos hombres. Pero al menos en el siglo de Pascal la religión era algo presente, un lugar común, respetado cuando no venerado. Pero casi nunca de chanza, como hoy es tan común. Eso es lo que ha cambiado.

Siempre he creído, otra vez con Pascal (*Pensamientos*, n. 442), que «para las religiones hay que ser verdadero, verdaderos paganos, verdaderos judíos, verdaderos cristianos». ¡Porque hay que estar vivo, plena, absolutamente vivo! ¡Porque son formas plenas de vida! La gran tentación de todo hombre es, quizá, no vivir, no pensar, renunciar al esfuerzo que conlleva una personalidad propia, ahogar la voluntad, diluirse en las masas, disolverse...

Mil veces prefiero un nihilista, epicúreo o estoico que a un cristiano medroso. La tragedia es que los nihilistas ya no son nietzscheanos, sino indolentes caprichosos; los estoicos, la cobardía plena, los elementos folclóricos de cualquier naturaleza muerta; y los epicúreos, un rebaño de hedonistas. Pensando sobre los es-

toicos, se me ocurre que son como el torero de buena planta y mejor postura que jamás saldrá del burladero... —Algún día escribiré sobre los estoicos...

La culpa de esto no es sólo las cosas que rodean al hombre y sus ocupaciones cotidianas. El hombre es más poderoso que todas las cosas, que toda la materia del cosmos, el hombre es más que todo. Y el caso es que a casi todos los cegados por las cosas ni siquiera le llega el reflejo de un alma que arde divinamente.

No es un secreto que si el cristianismo fue vivido fuera de una fea esquina del mundo fue porque un puñado de creyentes dieron fe de Dios. Ninguna filosofía, ninguna causa necesaria, ningún argumento ontológico, ningún verso puede dar cuenta de Dios. Cada una de las personas, y no «el hombre» o «la humanidad», es lo único capaz de sembrar eso inefable que nos predispone a consentir que Dios anide en nosotros. Todos tenemos la semilla que podemos sembrar en el otro para vi-

vificarlo, resucitarlo al tiempo que no resucitamos nosotros mismos —aunque parezca mentira, sobre todo viéndome a mí—.

A esto hay que añadirle aquellos de fe medrosa, los que sólo hablan de debilidad, los que enfocan la filosofía y la religión —cristianos o no— desde la perspectiva de la muerte. ¿Dónde queda la vida? ¿Dónde la nobleza que puede albergar el corazón de un solo hombre? ¡No más sepulcros, no más apologías de la decadencia! ¡Vida, vida, vida!

La religión, el intento de comulgar con Dios también es, y quizá primeramente, vivir más en tierra, pisar la tierra con más fuerza, vivir más. El cristiano muere porque no muere, pero mientras no muere, funda en tierra, escribe, cura enfermos, siembra florecillas sabiendo que esta tierra es nonada, mientras apura su vida se queja porque quiere más vida, agota las posibilidades de toda la vida en tierra. El religioso es el absoluta, plenamente hombre.

*«¿Quién eres tú para zaherir la fe de nadie, quién para pregonar intensidades de vida; cuáles han sido los riesgos que has asumido en nombre del amor, siquiera del odio? ¿Cuál ha sido tu apostolado? ¿No es cierto que has pasado muchos días sin hacer nada, tumbado en la cama, deseando que se acabaran? ¿Quién eres tú para hablar y mucho menos de sobre lo que acabas de escribir? "Lengua sin manos, cuémo osas hablar"»<sup>1</sup> Mira, ya has escrito otra cita. Ni siquiera tienes las ideas claras, el artículo es largo y con demasiadas citas. No sabes qué quieres decir ni cómo decirlo... Más que escribir y leer filosofía, lo que tienes que hacer es ser bueno. Sería más provechoso para ti y los demás».* ▣

#### Nota

1. *Cantar de myo Cid*, verso n. 3.328.